

EL GUIÑOL DE COLORIN

Sin necesidad de trasladarnos a lejanos tiempos y remotos países en los que títeres y marionetas emocionaban a personas de todas las edades con fantásticas aventuras desarrolladas con no menos agilidad e imaginación de sus creadores, cuentan las crónicas que muy cerca de nosotros, en Lyon, allá por el año 1769, nació un personaje que tendría mucho que decir en el devenir de los guiñoles europeos: Laurent Mourguet.

Siguen recordando los cronistas que, dentista de profesión, se enfrentó a los avatares de la Revolución Francesa llevando la alegría a sus clientes atrayéndolos con improvisadas sesiones de marionetas inspiradas en personajes de la comedia italiana.

Padre de diez hijos, su afición fue mantenida por varias generaciones que hicieron de los Mourguet una saga titiritera capaz de construir sus propios teatros, escribir sus propios guiones y crear sus propios personajes.

Hace apenas tres años, Jean Guy Mourguet, descendiente de Laurent, acaba de ofrecer toda su colección al Museo de Títeres de Lyon y a otros también dedicados a la marioneta.

Viene este recordatorio a cuento de lo que actualmente nos reúne en torno a la Casa de los Títeres de Tolosa: la donación que la familia Villarejo-Momeñe ha hecho de cuanto perteneció al tan querido, añorado y recordado “Guiñol de Colorín”.

Los dos últimos siglos en San Sebastián ha gustado recordar su proximidad cultural con París y área de influencia... ¿por qué no con Lyon?. ¿Llegaron las marionetas a la capital guipuzcoana a través de la experiencia de Mr. Mourguet, llevada a todos los rincones del país vecino?.

Dejando para otra ocasión tan apasionado estudio, sabemos que hace más de medio siglo el guiñol llegó a la mayoría de los pueblos de Gipuzkoa a través del trabajo de José Luis Villarejo que hizo entre nosotros lo que Mourguet en Lyon: difundir tan singular arte escénico.

Padres y madres, abuelitas y abuelitos, tíos y tías... todos en festiva peregrinación comenzaban a llegar a los jardines de Alderdi Eder cuando el reloj marcaba las cinco de la tarde. Era un ritual, una costumbre, un infantil acto social que arrastraba a toda la familia convocada por el personaje del verano, el que cada año se esperaba cuando comenzaba la Semana Grande del Niño: Colorín.

Desde que en 1955 José Luis Villarejo y su mujer Concepción Momeñe crearan al personaje, su presencia en la terraza del Ayuntamiento de San Sebastián era un clásico de los meses estivales, pero con mucha más asiduidad cuando en 1966 comenzó a celebrarse la Semana Grande del Niño y Colorín cerraba diariamente los espectáculos precedidos de actividades que servían de teloneras.

“Haga usted lo que sepa”, rezaban los programas, y cientos de niños y niñas se disponían a subir al tablado para, a cambio de una piruleta, demostrar sus habilidades para cantar, bailar o contar un chiste... y dibujaban en el “Día del Artista” o escribían un cuento en el concurso de redacción o buscaban la prenda escondida en “La busca del tesoro”.

Y “Los Pomposhos” animaban el ambiente mientras bailaban los alumnos de Aguedita Sarasua y Peter Brons y los del “Gaztetxo” de Gorrotxa... Vicondoa exhibía a sus campeones del mundo de acordeón y las majorettes del Colegio San Vicente de Irún evolucionaban sobre el estrecho margen de la tarima... pero al final, siempre, siempre, lo que todos esperaban: las andanzas del valiente Colorín dispuesto a salvar a sus amiguitos con divertidos “estacazos” que les liberaban del malvado dragón y de la bruja Remolacha, para terminar con el firme propósito de volver a los pocos días con nuevas andanzas, nuevas aventuras y nuevas creaciones.

Y fiel a su promesa, Colorín ha vuelto... Colorín está en Tolosa para todos los guipuzcoanos que lo conocieron y para quienes a través de sus mayores quieren volverlo a conocer. Está Colorín. Colorín y su princesa, y su bruja... y todos aquellos elementos, guiones, decorados y estructuras que integraban el espectáculo.

Colorín era fantasía, era imaginación, era toda la ilusión de quienes supieron darle vida, esa vida de los sueños que por inmortal nunca muere permaneciendo siempre al alcance de todos... ahora en la Casa de los Títeres de Tolosa por mor de la entrega que se le hace y que con todo cariño se ofrece a quienes cerrando los ojos sigan oyendo muy cerca de ellos el estribillo de “adios, adios, adios... ya se marcha Colorín... pero pronto volverá”.

Javier M^a. Sada